

Desempeño Exportador y Heterogeneidad Estructural CEPAL-México y Estado de la Nación

Velia Govaere Vicarioli
Coordinadora OCEX-UNED
Directora del CPC

Las estrellas comienzan a alinearse. De eso no hay duda. Lo que hasta ahora ha sido considerado como voz de la disidencia, se va convirtiendo en el clamor de una nueva ola de consensos. El estudio de Ramón Padilla y Jennifer Alvarado es un punto focal que viene a sumarse a una legión de analistas, desde la CEPAL hasta la OIT, pasando por la Academia Nacional, que coinciden en la necesidad de un replanteamiento del paradigma del desarrollo costarricense.

Ramón nos reitera que, con todo y sus avances comerciales, Costa Rica está en deuda con su población, porque no tiene una aproximación holística a sus tareas de desarrollo. Esa ausencia no puede seguir ignorada, paliada, como ha estado, hasta ahora, por los equilibrios macroeconómicos que genera la inversión extranjera.

En cada uno de los campos de la vida política, económica y social, los datos estadísticos se acumulan y apuntan todos hacia las mismas conclusiones: estamos en medio de una crisis de definiciones políticas, cuya necesidad ya entendemos, pero que aún no llegan.

Este suspenso no puede mantenerse mucho más tiempo, porque lo que es hasta ahora una advertencia analítica puede convertirse en una crisis generalizada. El barco hace aguas por todas partes. Desde donde se mire, hay problemas. Ningún terreno es firme. Ni lo social, con la persistencia de la pobreza y la agravación de la desigualdad, o lo meramente comercial, con una insostenible tasa de crecimiento de las importaciones que es el 50% mayor que la de exportaciones, y lo hacendario, con un serio déficit fiscal y un volumen de endeudamiento insustentable, sin mencionar

el pasmoso abandono de las pymes, cuyas políticas de apoyo no llegan siquiera al 0,004% del PIB, es decir, apenas 4 dólares por cada 100 mil dólares de la producción nacional.

La conclusión más relevante de Ramón es una revalorización del lugar de las políticas públicas en el fortalecimiento de las capacidades competitivas nacionales, en especial de las políticas productivas, directamente vinculadas a la modernización, financiamiento e innovación tecnológica de las pymes para su mejor inserción en cadenas globales de valor.

Ramón nos recuerda el espacio decisivo del Estado para desarrollar el ecosistema de ciencia, tecnología e innovación en el aparato productivo y la necesidad de coherencia entre los esfuerzos que se realizan para atraer IED y el objetivo estratégico de vincularla con las empresas nacionales.

Esa es la perenne contradicción entre una baja promoción de capacidades nacionales y su contraste con el esfuerzo, grande, exitoso, correcto y prioritario de atracción de inversión extranjera directa de punta. Pareciera que se tratara de dos mundos aparte, de departamentos estancos que no se tocan, y vivimos, desde hace años, en medio de esas dos realidades, afrontadas sólo con gestos simbólicos.

Pongo, con todo respeto, el caso de la Dirección de Encadenamientos Productivos de Procomer. Ahí, con gran abnegación y profesionalismo, se trata de llenar una necesidad nacional, la misma que apunta Ramón en sus conclusiones: "fortalecer el arrastre del sector exportador al resto de la economía local, a través de mayores encadenamientos productivos". Pero ¿Cómo llenar semejante necesidad estratégica nacional, con un personal de 7 funcionarios y un presupuesto de 300 mil dólares? La escala es irrisoria con una exportación de más de 11 mil millones, para el 2013. Es decir, nosotros invertimos en encadenamientos productivos 3 dólares por cada 110 mil dólares de exportación. A eso difícilmente *se le puede llamar* simbólico de una nueva conciencia. Es más bien símbolo de una falta de coherencia entre retórica y presupuesto, porque es netamente insuficiente para promover con eficacia las capacidades nacionales.

Heterogeneidad, en este caso, de prioridades. Todo el músculo político va en una dirección y apenas un gesto va en la otra. Una nueva economía, moderna y de punta,

convive bajo el mismo techo con una vieja economía huérfana de abandono político. Una política pública prioritaria de apertura comercial y atracción de inversiones coexiste con sólo gestos de encadenamientos productivos. Una institucionalidad tipo "cluster" que puede ofrecer salarios competitivos del sector privado y el resto de la administración que trabaja con las uñas. Una política **social** con inversiones presupuestarias históricas, que va de la mano de un desempleo y una pobreza atendidos con transferencias, pero que son imposibles de disminuir con un tejido empresarial de productividad diferenciada.

Estamos cada vez más claros que necesitamos políticas industriales. Pero ellas no nacen por "derrame". No surgen automáticas de nuestras carencias. No se producen solas, se construyen. La palabra "cambio" viene sin ropaje y busca sustancia, como reflejo de un desencanto basado en realidades.

El agotamiento del viejo Consenso de Washington es aceptado hasta por John Williamson, el mismo padre de esa expresión. Si bien es cierto que falló la vieja receta de "más mercado y menos Estado", en Costa Rica, no existe todavía una política que defina las bases de un nuevo consenso. Estamos aún a la espera de las políticas de transformación productiva que nos hacen falta y que Ramón esboza como agenda complementaria a nuestra apertura comercial.

Hace unos pocos días, nos dijo José Manuel Salazar-Xirinach, y cito, que "ningún país ha recorrido el arduo camino desde la pobreza rural generalizada hasta la riqueza postindustrial, sin políticas proactivas de gobierno, para acelerar la transformación productiva y el dinamismo de la economía."

¿"Políticas proactivas de gobierno"? Esa agenda es la convidada de piedra, presente siempre, como aspiración, pero ausente, de forma permanente, por 30 años ya, como realidad de política pública.

Los recientes resultados de las elecciones señalan que la conciencia nacional ha llegado a un punto de acumulación crítica. El orden del día exige definiciones. Eso es lo obvio. De lo que se trata es de comprender que antes de los giros de timón se precisa de un mapa de ruta y teniendo claridad del sendero, se necesita brújula.

¿Cuál es la agenda de un regreso del péndulo de la historia nacional hacia la adopción de Políticas Industriales de Estado? ¿Qué es lo que estamos esperando para saber que emprendemos un nuevo camino? ¿Dónde percibir el humo blanco?

Para entender que se está elaborando un mapa de ruta de políticas industriales y de competitividad, la primera señal que el país espera es una iniciativa institucional forjadora de consensos. Las políticas públicas nacen de estrategias nacionales y éstas se forjan en la construcción de visiones compartidas.

Es lo que procede. Chile, México, Uruguay y Brasil han construido nuevos consensos nacionales a partir de una rectoría institucional, directamente vinculada con el Ejecutivo. Fue ahí que se diseñaron sus exitosas estrategias de largo plazo que actualmente implementan políticas de transformación productiva y focalizan los recursos hacia ese objetivo.

¿Predicamos entre conversos? Los resultados de las elecciones nacionales nos heredaron un entorno políticamente propicio, pero ese desafío coincide con un momento fiscalmente angustioso y administrativamente complejo. La nueva administración puede estar anuente al cambio, pero deberá todavía apurar el amargo trago fiscal y enfrentar una institucionalidad atomizada.

Existen algunas señales, en Costa Rica, que son indicios optimistas de que se está cocinando algo diferente. Una de ellas es que el Ejecutivo, por primera vez en nuestra historia reciente, reconoce abiertamente el dualismo que vivimos y las falencias de nuestro modelo. Don Luis Guillermo Solís lo describe en su mismo discurso inaugural como, y cito, "políticas económicas que modernizaron el aparato productivo nacional pero fraccionaron la sociedad". Otra es el acento puesto en el mismo discurso cuando dice que se esforzara, y cito, en "incrementar la productividad y mejorar la competitividad del empresariado nacional... y la promoción de una producción nacional con crecientes grados de valor agregado". El asunto es cómo. Nueva señal nos llega de COMEX, que anuncia la priorización nacional del mercado centroamericano, el mercado meta natural de nuestro aparato productivo local. Son señales, pero las señales de cambio no pueden sustituir al cambio mismo. Símbolos de una nueva conciencia ya no bastan. Aún faltan las iniciativas institucionales, integrales y articuladas. El momento de la retórica debe

ser superado por institucionalidad, estrategias de largo plazo, agendas concretas, mapas de ruta y rendición de cuentas de resultados. Eso fue lo que el país recibió como oferta pública.

Con un creciente ambiente de urgencia y el escaso margen de maniobra que se tiene, si no se actúa rápidamente, arriesgamos a dejar pasar una ventana de oportunidad. Debemos empujar, desde ya, una institucionalidad focalizada en la competitividad nacional, con liderazgo del Ejecutivo y con la misión de construir un amplio consenso estratégico para la competitividad y la política industrial.

Así estamos, en suspenso y esperando. Estamos en esa incómoda situación, entre el ocaso de un modelo y la aurora de otro, cuando la luz ya no basta y la oscuridad no termina.